

**LA ÚLCERA NAPOLEÓNICA. EL EJÉRCITO DEL PRIMER
IMPERIO FRANCÉS Y SU FINANCIACIÓN.
EL CASO DE SAN SEBASTIÁN EN EL AÑO 1810**

Carlos RILOVA JERICÓ
Dr. Facultad de CC. Sociales de
la Comunicación (UPV/EHU)

Resumen:

El artículo expone, por medio del caso donostiarra, los costes para la población civil de las Guerras Napoleónicas.

Palabras clave: Guerras Napoleónicas. Historia económica. San Sebastián.

Laburpena:

Artikulu honek azaltzen dizkigu, Donostiako kasuan oinarrituta, Napoleondar Gerrek herritar xumeei ekarri zizkieten galerak.

Giltz-hitzak: Napoleondar Gerrak. Historia ekonomikoa. Donostia.

Abstract:

The article explains, using the case of Donostia, the cost for the civil population of the Napoleonic Wars.

Keywords: Napoleonic Wars. Economic history. San Sebastian.

1. Emperador, reinas gracias a nuestra bolsa...

En realidad la frase original de la que he sacado el título de este apartado, referida a Napoleón I, era “L’ empereur ne fait plus la guerre avec nos fusils mais avec nos jambes”.

Las versiones sobre ese aserto varían. La que parece más fiable –o al menos más documentada– es la que menciona Thiers en su “Historia del

Consulado y el Imperio”. Según este autor, los “grognards”, es decir, los “viejos gruñones”, los veteranos del ejército napoleónico, los hombres que han seguido a Napoleón prácticamente en todas sus campañas, desde Italia y Egipto hasta Marengo y más allá, habrían afirmado, en efecto, tras la victoria de Ulm, en la primera campaña contra Austria, que el emperador había descubierto una nueva manera de hacer la guerra, usando sus piernas y no sus brazos¹.

De ahí, al parecer, habría surgido esa bravata que en su forma más acabada, y traducida de manera más o menos libre, vendría a decir que Napoleón obtenía sus victorias –y con ellas su flamante aunque breve imperio– gracias a las piernas de sus soldados más que merced a sus brazos o los fusiles que estos sostenían.

Una manera muy gráfica de describir, y resumir, la clave del éxito, efímero pero brillante, del imperio de Napoleón Bonaparte por medio de quienes realmente fueron sus verdaderos protagonistas. Esos soldados que aseguraban –y con razón– que de la rapidez y resistencia de sus piernas había dependido, en no poca medida, la fulgurante serie de victorias militares que durante algo más de una década mantuvo en pie aquel brillante espejismo, el imperio napoleónico, que, reconozcámoslo, aún nos resulta fascinante por muy buenas razones.

Algo lógico, hasta cierto punto. Al fin y al cabo ¿quién puede sustraer su admiración a un genio militar como el de Bonaparte, capaz de encadenar victorias perfectas, una y otra vez, sobre campos de batalla que aún resuenan en nuestra memoria: Jena, Austerlitz, Wagram, Eylau... ?

Es más, ¿quién puede sustraerse a la fascinación causada por unos ejércitos llenos de uniformes vistosos, de Caballería tan arrogante como valerosa, de Infantería que se bate a pie firme en líneas desplegadas frente a un enemigo con el que se fusila sin piedad, sin buscar refugio o protección? ¿O a la ejercida por un implacable y ambicioso teniente de Artillería que, aún derrotado, será capaz de huir de la isla en la que le han exiliado y volver a poner a Francia a sus órdenes al menos durante cien días, hasta que es derrotado en una batalla, Waterloo, que es ya un mito más que un hecho histórico?

Eso por no decir nada de los misterios que aún rodean a la muerte de aquel tirano tenaz, exiliado por segunda y última vez en una lejana isla de la costa africana, Santa Elena, donde dicen que unos ingleses, a medias admira-

1. Consúltese Adolphe THIERS: *Histoire du Consulat et de l'empire: faisant suite à l'Histoire de la Révolution française*. Paulin, L'hereux et Cie. Paris, 1845-1862. Vol 6, livre XXII, p. 126. El texto puede consultarse en internet a través de la dirección <http://catalogue.bnf.fr/ark:/12148/cb31456877g>.

dos y a medias asombrados, lo irán envenenando lentamente hasta que muera en 1821...²

La epopeya napoleónica tiene, sin duda, muchos elementos para hacerse fascinante y perdurar así durante dos siglos, aún fresca, aún capaz de generar interés con sólo mencionarla de pasada.

De hecho, si investigamos con detalle la gran cantidad de papel que se ha impreso sobre aquel genial estratega desde 1805 en adelante, descubriremos que las prensas han dado al público una impresionante cantidad de grabados, imágenes diversas y, sobre todo, libros, destinados a convencer a un público lo más amplio posible de que los errores del tirano militar son una pequeñez comparada con la magnificencia del personaje histórico.

Francia y su intelectualidad de finales del siglo XIX, como no podía ser menos, han sido los principales responsables, en no poca medida, de la fijación de ese canon que aún nos fascina.

Si se ha tenido el privilegio de leer el “Napoleón” de Georges Montorgueil, o, por lo menos, de contemplar las efectistas imágenes dibujadas para ese volumen por Job, se comprenderá perfectamente a que me refiero.

Ese libro, que ha envejecido estupendamente a lo largo de un siglo, y sobre todo sus imágenes, verdaderamente magnéticas en su perfección técnica, nos muestran a un ser al que, pese a sus notables defectos, sólo se puede admirar. Con esa idea se ha educado la élite francesa en edad escolar a comienzos del siglo XX. Justo la clase de público a la que iban dirigidos esos lujosos libros –hoy el precio de los originales puede llegar a los 400 euros–, destinados a convencer a los futuros dirigentes franceses –hombres como el general Charles de Gaulle, por ejemplo– de la grandeza de aquella figura que entre otras habrían marcado la Historia de Francia³.

Así, no es raro que a lo largo del siglo pasado todo hayan sido halagos y parabienes casi unánimes a la figura de Napoleón I, evitando que el hombre volviera a sus dimensiones humanas –anteriores a su coronación imperial y

2. Sobre esto pueden resultar interesantes algunas observaciones del Conde de Las Cases en su famoso “Memorial”, véase Conde DE LAS CASES: *Memorial de Napoleón en Santa Elena*. F. C. E. Sevilla, 2003, pp. 10-11. En esas páginas De Las Cases cuenta cómo se prohíbe a los tripulantes del *Northumberland*, el barco que lleva al emperador a su exilio definitivo en Santa Elena, dar a Napoleón otro título que no sea el de “general”. Circunstancia que él desdeña con sarcasmo y de la que finalmente De Las Cases le hace aparecer triunfante en su “Memorial”, cuando recoge cómo los guardiamarinas a bordo acaban llamando “cañón del emperador” a uno de los que marcaban los paseos que Napoleón daba por la cubierta superior del navío. Específicamente sobre el envenenamiento, véase Ben WEIDER - David HAPGOOD: *El asesinato de Napoleón*. Argos-Vergara. Barcelona, 1982.

3. Véase Georges MONTORGUEIL-JOB: *Napoléon*. Éditions Atlantica. Biarritz, 1997. Por supuesto se trata de un facsímil de la obra editada originalmente en 1921.

posteriores campañas—, perdurando como un mito que nadie, prácticamente nadie, se atreve a cuestionar críticamente.

El libro que el periodista Pierre Bonardi editó a sus expensas en el año 1961, “Accusé Napoléon... levez vous!”, es, quizás, uno de los ejemplos más acabados de esa actitud de las élites francesas frente a Napoleón, que se proyecta a otros países y a nuestra propia época, creando un discurso en el que incluso los defectos del emperador se convierten en virtudes y no queda prácticamente en pie acusación alguna en contra de esa figura cada vez más y más magnificada⁴.

Se trata, en cualquier caso, de un discurso verdaderamente eficaz. En efecto, Napoleón, como ocurre con la Guerra en general, parece estar situado en un lugar de nuestra imaginación donde la fascinación por la Épica se sobrepone al horror más crudo. Así, por ejemplo, es posible que el cineasta ruso Sergei Bondarchuk tratase de mostrarnos a un Napoleón mezquino, terrible, sanguinario, despiadado... sobre todo megalómano —con funestas consecuencias para cientos de hombres con, como se suele decir, toda la vida por delante, masacrados en el último campo de batalla napoleónico—, sin embargo el resultado de su “Waterloo”, producida en 1970, parece haber sido justo el contrario.

No debería pues extrañarnos la constante proliferación de fabricantes y, sobre todo, coleccionistas de soldados de plomo de época napoleónica. O la de libros dedicados a reconstruir con todo detalle los uniformes de aquella “Grande Armée” o, en última instancia, el deseo expreso —según dicen— del actual Presidente de la República francesa por ser identificado como un equivalente, un continuador, de Napoleón...⁵

Pero, más allá de ese recuerdo glorioso sin fecha de caducidad por diversas circunstancias, sería justo hacerse la pregunta eterna en Historia económica: ¿quién pago toda esa magnificencia? O bien, ¿cómo se mantuvo en marcha aquella impresionante maquinaria? La aventura, la epopeya, aunque no lo tengamos en cuenta, suele requerir grandes cantidades de dinero cuando va más allá de la imaginación de un novelista... o la de un tirano militar en ciernes.

No será ésta la primera vez que se haya hablado de los aspectos económicos de la odisea napoleónica. Difícilmente, en efecto, se puede reclamar el título de pionero para un estudio que quiera sacar las cuentas de lo que costó aquel impresionante —aparte de sangriento y, sí, también glorioso— desfile militar del primer imperio francés. Sin embargo existen muchos documentos

4. Véase Pierre BONARDI: *Accusé Napoléon... levez-vous!* Paris, 1961.

5. Sobre la cuestión de los uniformes, véase, por ejemplo, François-Guy HOURTOULLE - Jack GIRBAL - Patrice COURCELLE. *Soldats et uniformes du premier empire*. Histoire & Collections. Paris, 2004.

por descubrir –más de los que algunos *amateurs* intrusos en el campo de la Historia creen– que aún pueden revelarnos aspectos ocultos de grandes acontecimientos como, por ejemplo, el coste de las aventuras napoleónicas que utilizaron Europa como escenario entre 1805 y 1815.

Ese es el caso del que describiré en el siguiente apartado de este trabajo. Gracias a él, creo, podremos empezar a aclarar gracias a qué piernas, o más bien bolsas, se sostuvo la epopeya napoleónica. Se trata de un texto verdaderamente relevante, como todo aquel que nos pueda decir algo, por poco que sea, sobre el San Sebastián anterior al incendio de 1813 que, como ya sabemos, fue, en parte al menos, consecuencia también de esa epopeya napoleónica. En él se dan numerosos detalles que harían buena la frase que he utilizado como título de este apartado, acerca de que el emperador de los franceses lo fue gracias a la bolsa de otros. En este caso la de los habitantes de San Sebastián, esquilmada a conciencia como la de otras muchas poblaciones de ese territorio, el guipuzcoano, esencial para mantener el control sobre la Península Ibérica, en la que, después de todo, se arruinó, en buena media el ejército napoleónico y con él su emperador.

Quizás después de leer este trabajo veamos a Napoleón con ojos muy distintos a, por ejemplo, los de Georges Montorgueil. Más como un dictador militar sin escrúpulos que como un glorioso general digno de figurar en forma de busto de mármol en un rincón de nuestro despacho o en nuestra sala de estar. Personalmente el autor de estas páginas lo lamentará mucho, pero, como historiador, no le queda más remedio que anteponer la Ciencia a toda otra consideración.

2. La inmensa bolsa de los donostiarras de 1810

El documento que analizaremos llegó a mis manos durante el desarrollo del segundo año del proyecto “Bayoneta”, encargado por el Archivo Municipal de Tolosa a la empresa Zehazten Zerbitzu Kulturalak –de la que, obviamente, forma parte el que estas líneas escribe– a través de un convenio con la Sociedad de Estudios Vascos-Eusko Ikaskuntza⁶.

Así lo encontré, casi por casualidad, mientras sondeaba los tres libros de actas municipales de Tolosa para el año 1810 a fin de reunir los datos necesarios para transmitir al público de esa villa las circunstancias reales –no mitificadas– de las guerras napoleónicas sobre uno de los principales hitos del tejido imperial francés. Justo el que une la Península con el continente y sirve de arteria para el trasvase de tropas entre uno y otro escenario bélico.

6. Pueden consultarse los detalles de ese proyecto en la página web del Ayuntamiento de Tolosa: www.tolosakoudala.net.

Fue una casualidad, en cualquier caso, afortunada, porque ha permitido recuperar un documento que narra una porción importante de la Historia de la San Sebastián que quedó casi completamente destruida por el incendio provocado en 1813. Aportándonos, asimismo, algunos datos nuevos sobre el poco fundamento que asistiría a quien todavía hoy quiera sostener que ese acto fue una represalia por una supuesta connivencia de la población civil donostiarra con el ocupante napoleónico y no un acto de destrucción deliberada por parte del Alto Mando británico, sobre cuyas razones habría que volver, con nuevos documentos, en otra ocasión.

Gracias a esa casualidad podemos reconstruir, al menos en parte, cuál pudo ser el verdadero efecto de la epopeya napoleónica sobre la población donostiarra y la del resto del territorio guipuzcoano. Al menos por lo que se refiere a la parte económica de esa aventura tan calamitosa para civiles como aquellos.

El documento es muy preciso a ese respecto. Su encabezamiento nos sitúa, perfectamente, describiéndonos el escenario casi exacto de los acontecimientos que quedaron recogidos en él.

El lugar era la que ese documento llama “Sala Capitular de esta ciudad de San Sebastián”⁷.

Allí, dadas las 11 de la mañana del 17 de abril de 1810, se reunieron los representantes de la provincia, en aquel entonces, como es bien sabido, bajo rigurosa ocupación militar que ha anulado prácticamente cualquier viso de gobierno constitucional, siquiera el que malvive hasta 1813 bajo José I. Eso era lo que se había acordado y divulgado por todo el territorio provincial por medio de “edictos fixados” en sus diferentes pueblos, incluida entre ellos la ciudad de San Sebastián donde se le había dado publicidad a esa información “en los puestos acostumbrados de ella”⁸.

A esa reunión concurrieron, lógicamente, aquellos que formaban parte de esa institución, el Consejo de Provincia, constituida por los franceses para sustituir a la Diputación foral, creando un organismo con funciones reducidas, prácticamente, al ámbito administrativo, sin verdadero poder político, y, por tanto, mucho más dócil a sus intereses estratégicos.

7. Consúltese Archivo Municipal de Tolosa (desde aquí AMT) A 1, 58, folio 340 recto.

8. AMT A 1, 58, folio 340 recto. Sobre la insignificancia a la que el propio Napoleón reduce a su hermano José Bonaparte como rey de España, las referencias bibliográficas son prácticamente innumerables. Recientemente una nueva obra de un historiador francés ha tratado de profundizar en exclusiva, o casi, sobre el tema. Véase Vincent HAEGELE: *Napoléon et Joseph Bonaparte. Le pouvoir et l'Ambition*. Éditions Tallandier. Paris, 2010, especialmente pp. 333-473.

Se trataba tan sólo de un reducido grupo que actuaría en representación de esa institución-títere. A saber: Joaquín de Michelena, Bartolomé de Olozaga y el contador Francisco Antonio de Echagüe⁹.

Ellos, con la imprescindible compañía de un escribano –en este caso el público de servicio en San Sebastián, Manuel Francisco de Soraiz–, pondrán en marcha el proceso necesario para que las tropas napoleónicas, en tránsito por territorio guipuzcoano desde Francia y los campos de batalla del Norte de Europa, prosigan con su camino hacia el resto de la Península. Es decir, lograr que un comerciante local se haga cargo de reunir todos los elementos necesarios para alimentar a esos miles de hombres y a todo el tren de Caballería que los acompañaba¹⁰.

Se trataba de un negocio interesante... de haberse dado otras circunstancias a las que, nunca mejor dicho, imperaban en territorio guipuzcoano en aquellas fechas.

La guerra, aunque parezca, y sea, una obviedad el mencionarlo, ocasiona grandes pérdidas materiales, pero también puede erigir grandes fortunas entre aquellos que suministran los materiales necesarios para llevarla a cabo. Desde los fabricantes de armas y municiones o de textiles hasta, como en el caso que nos ocupa, los asentistas de suministros y víveres, los encargados, en fin, de facilitar a las tropas todo lo necesario para que llegasen hasta los campos de batalla y pudieran luchar sobre ellos.

Sin embargo, ese arriesgado aunque lucrativo negocio se vuelve poco menos que catastrófico para aquel que se hace cargo de él durante las campañas peninsulares de esa fase de las llamadas guerras napoleónicas.

En efecto, lo habitual entre 1808 y 1810, y también después, es que las tropas ocupantes actúen como una verdadera plaga de langosta, esquilmando las ciudades y provincias por las que tienen que pasar. Y es que la mayoría de los héroes napoleónicos nada saben de tareas farragosas como son las de llevar la administración de un ejército, rellenar recibos y bonos y endosar facturas a cargo de una minuciosa administración. Prefieren exigirlo imperiosamente. Violentamente si es preciso.

Los testimonios sobre ese estado de cosas son relativamente fáciles de encontrar. Por ejemplo en “El diario de un patriota complutense”. Un documento de la época de la Guerra de Independencia, publicado en 1894, en los prolegómenos del primer centenario de ese acontecimiento, en el que, en efecto, se puede encontrar insinuada, y más que insinuada, una situación

9. AMT A 1, 58, folio 340 recto.

10. AMT A 1, 58, folio 340 recto.

en Alcalá de Henares como la que describiremos aquí para el caso de San Sebastián¹¹.

De hecho, incluso en una época tan poco propicia para la investigación histórica como lo fue el régimen franquista, podemos encontrar ya estudios de algo más que regular calidad sobre el modo en el que funcionó ese sistema en la España ocupada.

Es el caso de la ponencia presentada por Juan Mercader Riba en el II Congreso Histórico Internacional de la Guerra de Independencia y su época organizado en el año 1959 por el Instituto Fernando el Católico, dependiente del CSIC. En ella se decía claramente que, más allá de la teoría con la que se organiza la administración del estado napoleónico en España, el objetivo principal de éste será obtener recursos de la población local que deben ir a parar directamente a las arcas del Ejército napoleónico¹².

En momentos algo más fértiles para la Historia como ciencia, encontramos, como es lógico, desarrollos de eso que Juan Mercader deja apenas esbozado, como poco más que una línea de investigación en la que se debería ahondar¹³.

Por sólo citar un ejemplo, ese sería el caso de un artículo de Joseba de la Torre presentado en el primer Congreso de Historia de Navarra organizado a mediados de la década de los 80 del siglo pasado, en el que se estudia en detalle el modo en el que los municipios navarros sufrirán esas exacciones. No sólo por parte del ejército imperial sino también por los corsarios terrestres y similares unidades que actúan en la zona y, después, por el ejército aliado que avanza hacia el Norte de la Península en las fases finales de la guerra. Circunstancia a la que también ha aludido, por ejemplo, alguna obra reciente –y tirando a monumental– de Roland Fraser sobre la época y, de un modo mucho más específico, el profesor Emilio de Diego en uno de sus últimos libros, dedicado a la Guerra de Independencia española¹⁴.

11. Consúltese Koldo Mitxelena Kulturunea (desde aquí KMKU) C-125 F-11, “Diario de un patriota complutense”, especialmente el comentario del prologuista Juan Catalina García, en p. 11.

12. KMKU C-368 F-11 Juan MERCADER RIBA: “La Organización administrativa francesa en España”. Institución “Fernando el Católico” (C. S. I. C.), pp. 11-12. Sobre ese Congreso y el ambiente general que respecto a la cuestión de la investigación histórica se vive en la España franquista, puede resultar de interés, Carlos RILOVA JERICÓ: *Cardenales, reyes, príncipes y dictadores. La larga Historia de la Paz de los Pirineos. Hondarribia (1660-1960)*. Zehazten. Z. K.-Hondarribiko Udala. San Sebastián, 2010, pp. 113-114.

13. KMKU C-368 F-11 MERCADER RIBA: “La Organización administrativa francesa en España”, p. 22.

14. Véase Joseba DE LA TORRE: “Aproximación al endeudamiento municipal en Navarra durante la Guerra de Independencia: la ley de privatización de los bienes concejiles en las Cortes de 1817-1818”. Príncipe de Viana. Anejo 4-1986. Año XLVII, pp. 345-366.

De hecho, la lista de trabajos sobre esa cuestión en obras generales o en estudios específicos sobre este tema, es copiosa, por no caer en la exageración de decir interminable¹⁵.

Pero ninguno de ellos nos permite reconstruir cuál es la situación a ese respecto en la San Sebastián de esas fechas cruciales. Para eso es imprescindible volver al documento ya citado, hoy en poder del Archivo Municipal de Tolosa.

Así es, en él los representantes del Consejo de Provincia reunidos en la Sala Capitular de la ciudad estipulaban las condiciones que deberían cumplir los comerciantes que se arriesgasen a pujar por el puesto de asentista de las tropas napoleónicas.

En primer lugar se les decía que debían asegurarse de que cada soldado napoleónico recibiera en cada población de etapa –y eso implicaba a San Sebastián– 8 onzas de carne, media pinta de vino español o francés tasada por la medida de París y, en su defecto, 16 onzas de vino del País. Lo cual, en Gipuzkoa, significaba, más que probablemente, chacolí¹⁶.

Asimismo, el asentista que apareciera por la Sala Capitular de San Sebastián en la fecha con bastante presencia de ánimo como para pujar por la obtención de ese contrato, debía ser capaz de asegurar a aquellos temibles soldados dos onzas de legumbres secas “o en su defecto” una de arroz y una libra de sal a repartir entre treinta soldados¹⁷.

Cada ración de pan blanco que suministrase debía pesar 16 onzas y el pan de munición, de inferior calidad, tendría que ser de un peso de 24 onzas¹⁸.

El documento de subasta también estipulaba condiciones muy detalladas acerca del servicio que se debía prestar a los caballos sobre los que marchaba buena parte de aquellos aventureros de vistosos uniformes. Así, en la

...

Roland FRASER: *La maldita guerra de España. Historia social de la Guerra de la Independencia 1808-1814*. Crítica. Barcelona, 2006, pp. 622-625.

Emilio DE DIEGO: *España, el infierno de Napoleón. 1808-1814. Una Historia de la Guerra de la Independencia*. La esfera de los libros. Madrid, 2008, pp. 58-59 y 171-185.

15. A ese respecto véase, por ejemplo, Francisco MIRANDA RUBIO (coord.): *Guerra, sociedad y política (1808-1814)*. UPNA-Gobierno de Navarra. Pamplona, 2008, II volúmenes, donde se recogen diversos artículos de distintos historiadores sobre la situación en Navarra, Málaga, Gijón... Para el caso de Gipuzkoa puede resultar de utilidad, Carlos RILOVA JERICÓ: “Patria defendida a sangre y fuego. Cómo los vascos descubrieron que eran españoles”. *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, número 3 (2003) (edición *online*).

16. AMT A 1, 58, folio 340 recto.

17. AMT A 1, 58, folio 340 recto.

18. AMT A 1, 58, folios 340 recto-340 vuelto.

tercera de las condiciones de aquel pliego se advertía a los asentistas que se atrevieran a concurrir a la puja por ese servicio en la Sala Capitular de San Sebastián, que deberían ser capaces de facilitar raciones individuales de paja de 20 libras para sustentar a los caballos de los oficiales que mandan las tropas en tránsito, a los de los generales que ocasionalmente pasan con ellas, a los de los oficiales de Estado Mayor, a los de los carabineros y a los de otros cuerpos que, inmediatamente, asociamos con la imagen más popular, o más tópica, si se quiere, de aquella aventura napoleónica. Es decir, los coraceros, los dragones y la realmente temible Gendarmería. Cuerpo policial de élite destinado primero a controlar el orden público en Francia, pero poco después derivada hacia territorios, por así llamarlos, difíciles, renuentes a aceptar la ocupación napoleónica. Como era el caso de gran parte de España y Portugal en esas fechas¹⁹.

Igualmente se estipulaba en ese pliego que se darían raciones de 18 libras de paja para mantener a los caballos que transportaban a otros cuerpos montados del Universo napoleónico igual de bien conocidos, como es el caso de los húsares, pero considerados, por diversas razones que no siempre se traslucen en documentos como el que manejamos, como de menor relevancia y sometidos a un desgaste menor a aquellos que, como vemos en este pliego de condiciones, reciben la ración de 20 libras. Entre estos se incluía, además de la Caballería ligera como la de los húsares o cazadores a caballo, a las monturas de los oficiales de Infantería y del Cuerpo de Ingenieros, las de los inspectores de revista, comisarios de Guerra, médicos, cirujanos y un impreciso “y otros empleados, que tienen derecho a forrages (sic, por “forrajes”) y la ración mayor de cevada (sic, por “cebada”)”²⁰.

Junto a otras exigencias, ese pliego de condiciones leído en la Sala Capitular del Ayuntamiento de San Sebastián alertaba a los que se atrevieran a pujar para obtener ese contrato, que todos esos víveres y forrajes debían ser “de buena calidad” y de peso correcto que, además, podría ser fiscalizado por los comisarios de Guerra napoleónicos o por los alcaldes y concejales de los pueblos o puntos por los que pasaban esas, en apariencia, interminables columnas de soldados²¹.

19. AMT A 1, 58, folio 340 vuelto. Sobre ese despliegue de la Gendarmería fuera de Francia, véase un detallado mapa en Jean Luc CHAPPEY-Bernard GAINOT: *Atlas de l'empire napoléonien 1799-1815*. Éditions Autrement. Paris, 2008, p. 24, que tan sólo alude a su presencia en Francia y en el Norte de Italia. Puede ser de alguna ayuda para lo que ocurre en España lo señalado en HOURTOULLE-GIRBAL-COURCELLE. *Soldats et uniformes du premier empire*, pp. 70-72. A pesar de que esos autores tratan el tema casi estrictamente desde el punto de vista de la Uniformología.

20. AMT A 1, 58, folio 340 vuelto.

21. AMT A 1, 58, folio 340 vuelto.

El resto del documento, más allá de esas especificaciones técnicas, resulta verdaderamente revelador sobre los problemas que, en la práctica, estaba generando ese sistema, digno de una verdadera plaga bíblica más que de la marcha de un ejército bien organizado que tratase de asegurarse unas bases firmes sobre las que poder operar, sin crear –tal y como lo hacen esas unidades sacadas de la “Grande Armée” napoleónica– un gran número de descontentos que acaban por engrosar, tarde o temprano, las filas cada vez más compactas y mejor organizadas de la que en su día José Berruezo llamará “resistencia vasca”²².

En efecto, se repiten en ese documento, de manera casi constante, alusiones a las dificultades y apuros que se habían experimentado en diversas poblaciones a la hora de facilitar esos suministros al ejército napoleónico.

Quedaban así obligados los asentistas a enviar a las Justicias que rigen cada población en la que se detendría el ejército francés, las raciones necesarias para abastecerlas. Sin embargo, el alcalde del punto principal desde el que se debía hacer esa distribución, sólo estaba obligado, a su vez, a facilitar medios de transporte para que esos suministros llegasen hasta los soldados que los aguardaban²³.

Se prometía también en esa acta de la reunión celebrada en la Sala Capitular de San Sebastián, por enésima vez desde que había comenzado la ocupación, que esos asentistas recibirían el pago que les correspondía si el día 30 de junio presentaban en la Contaduría General, de acuerdo a “formulas, è instruccion” que se les darían, las cuentas de lo que se había gastado en el suministro a las tropas napoleónicas. Un signo, esa décima observación de este documento redactado en la San Sebastián de 1810 bajo ocupación napoleónica, que no hacía sino revelar, una vez más, la clase de ruinoso asunto en el que se había convertido ese negocio de los suministros militares²⁴.

Uno que, en ocasiones, se reducía a que las tropas francesas obtenían esos suministros apuntando sus armas, literalmente, contra los encargados de facilitarles esos víveres y forrajes, o saqueando todo lo que cae en su radio de acción en cada pueblo de etapa con unos métodos similares. Tal y como ocurre en la Tolosa de 1809 y es de imaginar que también llegó a ocurrir en nuestra ciudad si nos guiamos por el documento que hemos ido analizando hasta aquí. Raro superviviente, como ya se ha dicho, del incendio de 1813²⁵.

22. Véase José BERRUEZO: “La resistencia vasca en 1808-1813”. BEHSS, 1982-1983, volumen II, pp. 804-812.

23. AMT A 1, 58, folio 341 recto.

24. AMT A 1, 58, folio 341 vuelto.

25. A ese respecto consúltese, por ejemplo, AMT A 1, 55, folio 77 recto.

El resultado de todo esto fue que en esa sesión reunida en el Sala Capitular de San Sebastián en abril de 1810, no hubo ni un sólo comerciante que pujase por hacerse cargo de ese suministro que resultaba todo menos rentable²⁶.

Significativo hecho que se produjo además justo cuando el comisario de Guerra francés destacado en esa plaza, el que este documento llama señor Defages, se presentó en aquella reunión y se sentó junto a los capitulares allí presentes para ver si alguien tenía a bien ofrecer alguna puja por un asunto que, en la fecha, daba poco más que problemas a todos los interesados. Desde los que producían los alimentos hasta los capitulares municipales que contribuían a su administración y, por supuesto, a los asentistas que fueran tan imprudentes como para meterse en aquella clase de negocios²⁷.

No era nada raro, y basta con consultar libros de actas o cuentas municipales, que en subastas como esas faltasen pujadores por esos servicios, quedando muchos de ellos a la espera de, en una segunda puja, conseguir las diversas concesiones con unas condiciones más ventajosas.

Sin embargo, el cuadro que pinta el documento que estamos siguiendo, unido a otros datos disponibles sobre el *modus operandi* de la ocupación napoleónica, permiten adivinar que el desinterés generalizado que se observa el día de la subasta en San Sebastián, era el resultado no de esas astucias de comerciante sino de dos años de continuos problemas para garantizar el abastecimiento de aquellas devastadoras tropas.

Esas páginas, en efecto, dicen que a pesar de que se publicó la oferta por el pregonero de la ciudad, José de Besne, una vez tras otra –“uno en pos de otro”–, y a pesar del “considerable concurso de gentes de esta ciudad y de fuera de ella” que quedaron al alcance de tales pregones, no hubo quien quisiera hacer oferta alguna, exceptuado don Eusebio de Garbuno, vecino del que el documento llama “valle de Oyarzun”, que se ofreció a hacer el servicio de forrajes para las tropas a caballo que pasasen por San Sebastián a 34 reales por cada fanega de grano y a 4 reales por arroba de paja, oferta que las autoridades allí presentes desestimaron enteramente como inaceptable²⁸

Así las cosas, se decidió convocar una nueva subasta para el día siguiente a las 11 de la mañana, plazo de tiempo que, según se advertirá a los presentes en esa primera subasta, podría aprovecharse para plantear nuevas ofertas que serían consideradas siempre y cuando el Consejo de Provincia opinase que eran equitativas. Propuesta ésta de la que fueron testigos Vicente de Echave, Juan Antonio de Goñi y Jaime de Sierra, todos ellos vecinos de San

26. AMT A 1, 58, folio 342 recto.

27. AMT A 1, 58, folio 342 recto.

28. AMT A 1, 58, folio 342 recto-342 vuelto.

Sebastián, junto con otros muchos de dentro y fuera de ella presentes en aquella Sala Capitular²⁹.

La situación, finalmente, se resolvió en una nueva almoneda convocada en la Sala Capitular de la ciudad el día 27 de abril de 1810. Otra vez se había anunciado que se sacaba a subasta ese suministro, “a son de cajas” en los pueblos en los que se solía dar ese pregón además de en San Sebastián³⁰.

En ella Joaquín de Michelena, Bartholome de Olozaga y el contador Francisco Antonio de Echagüe, en compañía, nuevamente, del comisario de Guerra francés, subastaron el suministro que mantendría en marcha, al menos en esta etapa de su largo camino, a las unidades de la “Grande Armée” napoleónica destinadas a los mataderos del Centro y Sur de la Península. Las condiciones estipuladas habían sido aprobadas por las autoridades provinciales colaboracionistas y por el gobernador militar de Vizcaya. Esto es, la suprema autoridad militar francesa en las provincias vascas en ese momento. Entre ellas se recogía el compromiso de que el Consejo de Provincia pagaría al asentista que pujase por el servicio 52.000 reales de vellón en Letras avaladas por los comerciantes de San Sebastián. La mitad de esa cantidad para los gastos de etapa, 12.000 por el servicio de pan a las tropas y los 15.000 restantes por el forraje y otros pagos³¹.

A partir de ese punto el documento nos habla ya sólo sobre Tolosa y la puja en torno al servicio que se prestaría en ella. No sabemos, por tanto, qué ocurrió exactamente en San Sebastián, al menos de momento, en tanto no aparezca un nuevo documento similar al que hemos analizado hasta aquí.

Es de suponer, sin embargo, que las cosas siguieron su curso, digamos, normal, por llamarlo de alguna manera. Síntomas de ello lo son que se encontró rematante para Tolosa y que San Sebastián aguantó sin ser destruida hasta el año 1813, y entonces lo fue sólo a manos de tropas supuestamente aliadas, enemigas de las napoleónicas que la habían esquilado por medio de prácticas legales –también por darles algún nombre– como las que describe el documento que hemos seguido hasta aquí. Asimismo, es indicio de que las propuestas iniciadas con tan poca fortuna el 17 de abril de 1810 obtuvieron algún éxito en San Sebastián, el hecho de que, también al menos de momento, no haya indicios de que la marcha de tropas napoleónicas hacia el Sur de la Península quedase extrañamente interrumpida en nuestra ciudad.

29. AMT A 1, 58, folio 342 vuelto.

30. AMT A 1, 58, folio 343 recto.

31. AMT A 1, 58, folios 343 recto-343 vuelto.

3. Conclusión

Que las cosas logran resolverse finalmente en la Sala Capitular de San Sebastián también aquella vez no significaba, sin embargo, que se hubiese arreglado el problema, el gran problema que generaba un ejército de invasión y ocupación como el que Napoleón I lanzó sobre España durante cinco años a través de nuestra ciudad entre otros llamados “pueblos de etapa”.

Municipios como el de San Sebastián o Tolosa tuvieron que endeudarse atrocemente para poder pagar las astronómicas deudas que generaba la manutención de aquella maquina de guerra que exigía pago de raciones como las descritas en la subasta celebrada en nuestra ciudad entre el 17 y el 27 de abril de 1810.

Sobre esas bolsas, realmente, se sustentó el deslumbrante imperio napoleónico que, antes de extinguirse, fue responsable, al menos en parte, de la casi completa destrucción de San Sebastián y de gran parte de su Historia anterior al 31 de agosto del año 1813, una que, poco a poco, y gracias a afortunadas casualidades como la que ha dado lugar a este trabajo, vamos conociendo mejor. Siquiera para apreciar el paradójico destino de una ciudad como San Sebastián que, como acabamos de ver –o eso espera el autor de este trabajo–, fue esquilhada bajo amenazas más o menos explícitas de la “Grande Armée” napoleónica como muchas otras poblaciones a las que, sin embargo, el ejército supuestamente aliado de Lord Wellington no aplicó unas represalias para las que, no está de más insistir en ello, todavía habrá que buscar otra explicación en otros documentos que puedan completar al que ha dado origen a este trabajo que aquí finaliza.